

traducciones que contiene esta coleccion, se verá el deseo laudable de acertar, y la dificultad de conseguirlo.

(12) *Febo desde la tierna infancia mia.* Don Juan Bautista Conti, literato italiano, vivió largas temporadas en Madrid durante los reinados de Carlos III. y Carlos IV. Su caracter amabilísimo y su exquisito gusto en la poesía le facilitaron el trato y amistad de los sugetos mas instruidos de la corte, y entre ellos la de Moratin el padre. Muerto este, le debió su hijo un cariño constante, y con él, los mas acertados consejos acerca del estudio de las buenas letras y la eleccion é imitacion de los mejores modelos, de los cuales le enseñaba á percibir los aciertos y á notar los errores. Las traducciones que hizo Conti de nuestros mas acreditados poetas, y las notas con que las ilustró, manifiestan cuan util pudo ser su trato á un joven que empezaba entonces la carrera poética sin los auxilios que hubiera podido hallar en su padre, cuya celebridad aumentaba su temor y su desconfianza.

Entre las muchas poesías de Conti que han quedado manuscritas, no será indiferente á los lectores españoles un elogio que hizo del conde de Floridablanca, reduciéndole al siguiente soneto:

*Fra i cari suoi vanta la gloria un figlio,  
Che vivrai pria nel senato iberò  
Sparse d' alta dottrina e di consiglio;  
Poi dove han trono i successor di Piero.*

*Ei, fra l' ire di Marte e nel periglio,  
Resse lo stato, e frenò l' anglo altero:  
Tolse la patria all' africano artiglio,  
E dell' Egéo le vie schiusse al nochiéro.*

*Per lui Pallade ha tempio: e là, di quante  
Natura erbe creò chiostra verdeggia:  
Per lui piano è il cammin su gli ardui scogli.*

*Uom, non di fregi e d' or ch' offre la reggia,  
Ma de suoi rè, ma di sua patria amante....  
Deh! si gran dono, ò ciel, tardi ritogli.*

(13) *Basta, Cupido, ya, que á la divina.* El soneto se ha considerado siempre como la mas difícil de las composiciones cortas. Boileau siguió esta opinion, asegurando que apenas entre mil sonetos franceses, se hallarian dos ó tres dignos de estimacion. Lo mismo puede decirse de los que se han escrito hasta ahora en Italia y España: pocos hay que puedan contarse por excelentes entre la multitud innumerable de ellos. Es evidente la dificultad del acierto; pero no debe sacarse la consecuencia que algunos críticos modernos han querido establecer como principio, afirmando que la perfeccion de un soneto cuando llega á lograrse, no vale el trabajo que cuesta, y que por consiguiente es un género que sería bueno abandonar. Nada de esto es cierto. Los buenos sonetos, vencida la dificultad que se ofrece al hacerlos, premian sobradamente la fatiga de su autor; y si no han de cultivarse en la poesía otros géneros que los muy fáciles, poca estimacion merecerán los que se dediquen á ella. Los Argensolas, Góngora, Luis de Leon, Francisco de la Torre, Arguijo, Lope Jáuregui, Herrera y otros, escribieron algunos sonetos iguales en mérito á sus mas estimadas obras; y si las dificultades que presenta su composicion les hubiesen retraido de hacerlos, aunque es verdad que no se hubieran escrito algunos millares de sonetos conocidamente malos, tambien lo es que no tendríamos una porcion de ellos que pueden competir con los mejores de Italia. No se extravié á la juventud



con falsos raciocinios: no atajemos las sendas que dirigen á la inmortalidad; y si carecemos del talento y gusto necesarios para sobresalir en tales ó tales géneros, no nos empeñemos en desacreditarlos, esterilizando la fantasía de los demas con la propagacion de doctrinas absurdas.

Es difícil hacer un buen soneto; luego no se deben escribir sonetos. Tampoco es fácil componer un poema épico, una tragedia, una comedia, una oda; luego no debe cultivarse ninguno de estos ramos de la poesía. Si lo que es difícil no ha de intentarse, ¿qué podrá escribirse? Nada, sino alguna compilacion indigesta de preceptos impertinentes aplicados á la teoría de las artes, que no háyamos practicado jamás.

(14) *Hoy que cerrado el templo de Belona.* La exposicion de los productos de la industria francesa sorprendió en el año de 1819 á cuantos la vieron. No era de esperar que aquella nacion, habiendo sostenido por espacio de mas de cinco lustros una guerra sangrienta contra todas las demas de Europa, ya defendiéndose, ya usurpando, ya vencedora, ya vencida, hubiera podido seguir cultivando en sus talleres y sus fábricas las artes industriales, que se han considerado siempre como frutos exclusivos de la paz. Los extrangeros admiraron el progreso de todas ellas, desde los utensilios rurales, á las máquinas mas ingeniosas; desde el barro endurecido al fuego para usos domésticos ó para la construccion de edificios, hasta las porcelanas y los cristales. Curtidos, encajes, lienzo, paños, bordaduras, tapices, muebles, grabados, pinturas, estatuas, joyas, flores, plumas, productos químicos, ediciones, encuadernaciones, péndulos, globos, armas, instrumentos músicos; cuanto es necesario á la vida social, cuanto puede apetecer el gusto mas delicado del hombre opulento, otro tanto se vió reunido en el palacio del Louvre, nunca mas suntuoso que en aquella ocasion.

(15) *Tú solo el arte adioinar supiste.* Isidoro Maiquez, natural de Cartagena, tejedor de sedas, aficionándose al teatro desde su juventud, empezó á representar en las compañías cómicas de Valencia. Tal es el principio que han tenido casi siempre los actores de España. Hijos de padres humildes, aplicados tal vez á algun ejercicio mecánico, inclinados á ver comedias y representarlas, y resueltos por último á abandonar su oficio por un arte en que es tan difícil acercarse á la perfeccion, sastres, carpinteros, impresores, zapateros, bordadores, peluqueros, monaguillos, soldados, cocheros, tejedores, confiteros, albañiles; esto han sido en sus primeros años los que con mas ó menos habilidad han ocupado la escena española desde Lope de Rueda hasta nuestros dias. Lo que ciertamente debe asombrar, es que entre tales cómicos hayan sobresalido algunos, no inferiores en su clase á los mas celebrados de los teatros extrangeros. ¿Qué fuerza de talento natural han necesitado para formarse, cuando les faltaban los auxilios de la educacion, de la instruccion, del trato culto de la sociedad; en suma, cuando era necesario que cada uno de ellos buscara y hallara los principios de un arte que nadie enseña entre nosotros! Pero como sea cierto que los primeros hábitos determinan para en adelante el caracter intelectual y moral de los hombres, toda la habilidad de nuestros mejores cómicos se ha reducido siempre á la imitacion de la ridiculez vulgar, y han sido muy pocos los que hayan sabido acercarse á la delicadeza, á la gracia decorosa, á la urbanidad y elegante expresion de la buena comedia. No llegando á esto, ¿quién debería exigir de ellos la sublimidad que pide la tragedia en su declamacion robusta, heróica, patética y vehemente?

Maiquez, despues de haber representado algunos años en Madrid sin aplauso (actor extremadamente frio, que enten-



dia y no expresaba sus papeles) pasó á Francia en el año de 1799: vió en París el teatro francés, y no necesitó mas. Estudió á Talma con una atención reflexiva de que él solo era capaz. La acción, el gesto, la entonacion, las transiciones, los extremos de dolor, de alegría, de orgullo, de abatimiento, de rencor, de furia, cuantos afectos componen la imitacion trágica, otros tantos observó y retuvo; y como su defecto único era la frialdad, no halló en sí obstáculo ninguno que vencer, ni un solo resabio que destruir. Aun hizo mas. Conoció que no debía copiar, sino imitar los excelentes modelos que veia en el género trágico y cómico; y penetrada la razon del arte, variar, modificar su declamacion, y establecer la línea que debe separar la expresion francesa, de la que puede ser agradable á un auditorio compuesto de españoles.

Cuando volvió á Madrid, se dijo al ver sus primeras representaciones que copiaba á Talma en las mismas piezas que él repetia traducidas á nuestra lengua; pero cuando se le vió desempeñar otras que se habian escrito despues que él vino de Francia, se echó de ver que no era un copiante servil, sino un profesor eminente. Tambien se dijo (¿qué desaciertos no dice la envidia?) que en la tragedia era muy buen actor; pero que solo hacia tragedias; y que persuadido él mismo de su nulidad para los caracteres de nuestras comedias antiguas, siempre se abstendria de representarlas. Herido su orgullo (que era igual á su mérito) conoció la necesidad de sobresalir en todos los géneros para confundir á la ignorancia, y lo consiguió representando personajes y afectos de tan diferente naturaleza, que parecia imposible aspirar en todos ellos á la perfeccion; y él supo hallarla. *García del Castañar, Fenelon, el Vano humillado, Otelo, Orestes, el Pastelero de Madrigal, la Casa en venta, el mejor Alcalde el*

*Rey, la Zaira, el Rico Hombre de Alcalá, el Distruido, Pelayo, el Convidado de Piedra, Numancia destruida;* en suma, las tragedias extranjeras, las españolas, las piezas ligeras del teatro francés, las antiguas y modernas del nuestro hallaron en él un actor que nunca ha tenido semejante.

Ensayaba á sus compañeros en los papeles que habian de hacer con él; pero nunca trató de darles una instruccion metódica del arte, ni les comunicó las máximas que él habia adoptado como principios seguros para acertar en él. Su habilidad fue un secreto: ni tuvo rivales, ni quiso discípulos: con él empezó la gloria de nuestro teatro en la representacion, y con él acabó.

Su vida fue una continua alternativa de satisfacciones y disgustos. Empeñado y pobre muchas veces, otras opulento; desterrado por el gobierno de José Napoleon, y restituido despues por el mismo á la patria. Cuando ésta logró sacudir el yugo extranjero, Maizez, digno intérprete de las ideas de libertad, excitó el entusiasmo general con la imitacion de afectos y acciones heroicas, recibiendo en la escena coronas y aplausos, hasta que por último llegó á verse otra vez odioso á la corte, desterrado, falto de salud y medios, y en edad que no resiste como la juventud á los desaires de la fortuna. En vano la generosa amistad de sus compañeros procuró dilatar su vida, haciéndola menos infeliz. Murió en Granada en el año de 1820.

(16) *¿Qué será que habiendo sido.* Hombres hay de tan adusto humor, que no solo no se rien, sino que se enfadan de que se rian los demas. Si por ellos fuese, no existirian en la república de las letras ni el asno de Sancho, ni la frunci-da Zapaquilda. Suponen que toda composicion festiva y alegre es cosa de menos valer: como si fuera facil encubrir la instruccion con el deleite, pintar la deformidad del vicio en-



tre chistes y donaires, y excitar sin torpeza la risa de los hombres de ilustrado talento, la de las matronas y honestas vírgenes. Tal es nuestro orgullo, que no sufrimos la censura sino disimulada en formas halagüeñas: solo así pierden su repugnante austeridad los preceptos filosóficos, y nunca se reciben mejor que cuando el poeta sabe hermostrarlos con las pinturas agradables, los conceptos agudos, y las gracias de la ironía.

Los errores y defectos humanos excitaron la risa de Horacio y la cólera de Juvenal: uno y otro, proponiéndose un objeto mismo, acertaron á desempeñarle por camino diverso. Cada uno de ellos siguió su natural inclinacion. Sigala también el que aspire á sobresalir en cualquiera de las artes imitadoras. No se obstine en ser gracioso el que no debió á la naturaleza las cualidades que se necesitan para serlo; pero el que las tenga, no dude que en la poesía graciosa y ligera cultiva un género de muy difícil ejecución.

Esta (considerándola en toda la extensión que admite) exige un plan poético; una conveniente distribución de sus partes; proporcion y oportunidad en sus ornatos y episodios; un objeto de utilidad al cual vayan encaminados todos los medios; imitación constante de lo verdadero y de lo bello; elección y sobriedad en las descripciones; variedad y graduación en los caracteres; expresión en los afectos; solidez en el raciocinio; agudeza y decoro en las burlas; inteligencia en el uso del idioma; pureza en el estilo; facilidad y armonía en la versificación. Cuando en una composición burlesca lleguen á reunirse estos requisitos indispensables, el que la desprecie merece lástima.

(17) *Cosas pretenden de mi.* En esta obra no hizo el poeta otra cosa que trasladar los diálogos que diariamente se repetían acerca de su persona y sus escritos. Su médico y ami-

go don Rafael Costa, le aconsejaba lo que mas convenia al estado de su salud poco robusta. Algunos de los muchos amigos y apasionados que tenia, deseaban que cada mes compusiera una comedia. Llenábanle de elogios exagerados (que la amistad es á veces tan ciega como el amor), y á vueltas de esto, abundaban en la máxima de que convendría sujetarle á una contribucion poética; lisonjeándose de que precisado á escribir para medrar, enriquecería la escena española con mas acierto que los Zabalas, Moncines y Valladares, cuya fecundidad infeliz abominaban todos los hombres de sana razón. Entretanto sus enemigos (que no eran pocos) decían las mismas ó mayores necedades que el autor les hace decir en este romance. Todo su mérito consiste en la fidelidad de la copia: nada hay de invención. Hasta el personaje de Geroncio es traslado puntual de uno de los pedantes de aquel tiempo, á quienes incomodaba como ofensa propia la celebridad de Moratin.

(18) *No existe ya; pero dejó en el orbe.* El célebre Muhamet Ben Abi Amer, llamado Almanzor, floreció en los últimos años del siglo décimo. Cultivó su talento con buenos estudios de filosofía y literatura; se instruyó en el difícil arte de gobernar á los hombres, y le practicó haciéndose amar y obedecer; pero en aquella edad era poco seguro el mando, si no acompañaban á las prendas políticas el valor, la astucia, la actividad, la constancia, la robustez que pide el ejercicio de la guerra; y todas estas cualidades se reunieron en aquel hombre extraordinario. Nombrado Alhagib, dignidad que lo hacia segundo gefe del imperio, juró (y lo cumplió) perpetuo aborrecimiento á los cristianos, como Anibal lo hizo en daño de Roma. Su existencia fue una continua calamidad para sus enemigos, á quienes venció en mas de cincuenta batallas. Barcelona, Atienza, Osma, Simancas, Astorga,



Leon, Santiago y otras ciudades y fortalezas sitiadas, saqueadas y arruinadas por él, le abrieron el paso á toda la tierra adonde quiso llevar sus pendones. Todos los años volvía á Córdoba lleno de despojos, y precedido de millares de cautivos; y mientras se prevenía para nuevas empresas, fomentaba todos los ramos de la felicidad pública, administraba justicia, favorecía la industria, la agricultura y las artes: asistía á las academias, oía los discursos de aquellos sabios, se complacía con los versos de sus poetas, y los premiaba generosamente. Solo una vez le fue contraria la fortuna; y no supo aquella alma terrible sobrevivir á su desgracia. La batalla de Calatañazor fue tan sangrienta, y quedó su ejército tan disminuido de soldados y tan escaso de capitanes, que solo trató de aprovechar la obscuridad de la noche para retirarse en buena ordenanza. No quiso entrar en Córdoba con la nota de vencido: negóse á la curacion de sus heridas; y llevado por los suyos en andas, su despecho le quitó la vida cerca de Medinaceli, á los sesenta y cinco años de edad: su hijo Abdelmelic le dió sepultura, cubriendo el cadaver con el polvo de sus batallas.

No acuerda la historia de muchos siglos otro alguno que pueda comparársele: la gloria de nuestro Cid, que floreció pocos años despues, se obscurece al nombre de Almanzor.

(19) *En esta venerada tumba, humilde.* Don Francisco Gregorio de Salas, capellan de las Recogidas de Madrid, vivió muchos años en la corte estimado de cuantos le conocieron por la amenidad de su ingenio, su facilidad en improvisar, su afable trato y conversacion, su probidad y sus costumbres inocentes. Copió en sus obras á la naturaleza; pero no la imitó, no supo hermosearla. Entre muchos epigramas que compuso, se hallan algunos muy graciosos: el *Observatorio rústico*, la pintura de *La calle de san Anton*, y

alguna otra de sus obrillas burlescas merecen leerse. Su persona valia mas que sus escritos.

El Príncipe de la Paz quiso varias veces favorecerle, y darle alguna de las mejores prebendas de España. Salas se lo agradecia, y le suplicaba que no le sacase de su cuartito de la calle de Hortaleza, ni le apartase de la compañía de sus monjas. Tenia un hermano, exento de guardias, y una tarde subiendo Carlos IV. por la calle de Alcalá, el hermano de Salas que iba al estribo del Rey, le dijo: *Señor, aquel clérigo que se quita el sombrero es mi hermano Paco.* Mandó el Rey parar el coche, y que llamasen al capellan, el cual se acercó sin admiracion, sin timidez ni orgullo. Le habló el Rey cariñosamente, diciéndole lo mucho que le agradaban sus versos, y el gusto que tenia de leérselos á la Reina: le encargó que no dejase de enviarle por medio de su hermano cualquiera cosa que en adelante escribiese. Salas agradeciendo el favor de S. M., prometió cumplir el encargo: despidiéronse, y el concurso que rodeaba al buen sacerdote, ya le suponía maestrescuela de Sevilla, arcediano de Alcira, ó abad de santa Leocadia; pero ignoraban todos hasta donde llegaba su moderacion filosófica. Las máximas de honesta pobreza con que otros versificadores de su tiempo (devorados de envidia y ambicion) rebutian fastidiosamente sus opúsculos éticos, él las practicaba sin hipocresía, sin afectacion ni soberbia. Los niños corrían á buscarle cuando le veían de lejos; le rodeaban y acariciaban como á un amigo de toda su confianza, y en efecto la merecía. Honor á la sencilla virtud: que de esto hay poco.

(20) *¡Oh cuánto padece de afanes cercada.* Hay críticos que desaprueban sin distincion toda obra poética de asunto sagrado, suponiendo que nuestra religion no presta materia al canto, y que su austeridad no consiente las flores de He-



liona. El que no trate de reducir á formas poéticas las cuestiones de la teología, no dejará de hallar, si sabe buscarlos como otros lo han hecho, argumentos sagrados, propios de la lira, de la epopeya ó del coturno trágico. Los hebreos nos ofrecen abundante materia para la poesía. La creación; el paraíso; el diluvio; los amores de Jacob; la interesante historia de José; la fuga de los hijos de Israel, retirándose el mar para facilitarla y hundiendo en sus abismos el ejército de Faraon; Josué, dilatando el día para dar término á su victoria; David, aplacando al son de las cuerdas al feroz Saul; Jezabel despedazada; la soberbia Athalia; la humilde Estér; el paciente Job. Los que no hallen modelos poéticos en tales historias, no los busquen mejores en todas las fábulas del paganismo.

No son tan abundantes los que ofrece la ley de gracia, cuyos misterios, donde son meramente dogmáticos, nada prestan á la composicion; pero en los que son históricos, no sucede lo mismo. La Anunciacion, el Nacimiento de Jesucristo, la Descension al limbo, la Ascension, el Juicio final, bien pueden excitar la imaginacion del poeta. Bien pueden mover su sensibilidad los incidentes de mayor interes, que elevan á un alto grado de heroismo la constancia maravillosa de muchos mártires. El Infierno y el Serafin rebelde, que amenaza en su desesperacion la ruina del hombre; los tormentos que allí padecen los que menosprecian en el mundo las leyes eternas de la justicia y la virtud, presentan objetos terribles, que han sido ya digna materia para el Dante, para el Tasso y Milton. El cielo, morada de los justos, descanso de tanto afan, premio del inocente, del oprimido, del humilde; la presencia del inefable Numen; los Angeles, ministros suyos que le adoran y le bendicen, muchas imágenes ofrecen al estro poético. Una muger la mas perfecta de las criaturas, la

mas inmediata al trono de Dios, medianera entre él y la naturaleza humana; madre amorosa, amparo y esperanza nuestra, ¿qué objeto se hallará mas digno de la lira y el canto? La Grecia, demasiado sensual en sus ficciones halagüeñas, no supo inventar deidad tan poderosa, tan bella, tan pura, tan merecedora de la reverencia y el amor de los hombres.

Cierto es que prescindiendo de algunas pocas composiciones sagradas, obra de nuestros mejores poetas, son las demas tan defectuosas, tan pueriles, tan chavacanas y ridículas, que no parece sino que sus autores se propusieron escarnecer lo mas respetable de nuestra creencia. Pero no fue su intencion el origen de tanto yerro; fue su ignorancia: no eligieron bien su argumento, no acertaron á desempeñarle. Ó él no se prestaba á las formas poéticas, ó ellos eran poetas ineptísimos, de cuyo talento nada podia esperarse que no fuese absurdo.

Lo peor es que esta clase de obras, no solo ha entretenido la ociosidad del vulgo en las plazas y callejuelas, sino que auxiliado de la música ha resonado en nuestros templos, introduciendo en ellos una culpable profanacion. Véanse las colecciones de motetes y villancicos cantados de muchos años á esta parte en las principales iglesias de España, y diga el que lo alcance, cómo ha podido sufrir el clero (tan rígido censor de las libertades del teatro) lo que se ha cantado y se canta delante de los altares, interrumpiendo con episodios tan indecentes y groseros la religiosa pompa de sus misterios y sacrificios.